

TEORÍA DE LOS MODELOS DE MUNDO Y TEORÍA DE LOS MUNDOS POSIBLES

Manuel Asensi Pérez

Universitat de València-Estudi General

ABSTRACT

This essay aims to point out the differences between the theory of world's model, as it is developed in my book *Crítica y sabotaje* (2011), and the theory of possible worlds carried out between the 70s and 90s by Petöfi, Dolezel or Albaladejo. Our main point is the following one: while theory of possible worlds pays attention to what is outside of the text, in a different “possible” world, the theory of world's model keeps the text's reference centered in the world. Along these pages we show how the theory of possible worlds depends on aesthetic ideology, while the theory of world's model arises from a critical position toward that ideology.

Key words: Theory of world's model. Criticism and sabotage. Modelization. Allegorical reduction.

RESUMEN

El presente texto trata de delimitar las diferencias entre la teoría de los modelos de mundo, elaborada por el autor en su libro *Crítica y sabotaje* (2011), y la teoría de los mundos posibles que autores como Petöfi, Doležel o Albaladejo pusieron en marcha entre finales de los años 70 y los 90. La tesis central que se sostiene es que mientras la teoría de los mundos posibles sitúa la referencia del texto fuera del mundo, en un mundo posible, la teoría de los modelos

de mundo mantiene la referencia del texto centrada en el “mundo”. Tal y como se pone de relieve a lo largo de estas páginas, la teoría de los mundos posibles es deudora de la ideología estética, mientras que la teoría de los modelos de mundo surge a partir de una posición crítica con dicha ideología.

Palabras clave: Teoría de los modelos de mundo. Crítica y sabotaje. Modelización. Reducción alegórica.

Fecha de recepción: 20 de octubre de 2016.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2016.

1

La expresión “modelo de mundo” forma parte del acervo de las teorías textuales al menos desde los años setenta (Van Dijk, 1972 y 1980; Petöfi, 1975; Petöfi y García Berrio, 1979; Doležel, 1988; Albaladejo Mayordomo, 1998: son unos buenos ejemplos entre un largo etcétera). El uso que de ella se hizo en mi libro *Crítica y sabotaje* (2011) podría dar la impresión de que se trata de la reedición de un concepto ya muy manejado. Sin embargo, quisiera demostrar en este trabajo que se trata de dos teorías que van en direcciones opuestas que no pueden ser confundidas. Trataremos de hacer ver que el sintagma “modelos de mundo” posee un significado distinto del que tenía en la teoría de los mundos posibles.

El principal argumento que voy a manejar aquí es que mientras la teoría de los mundos posibles sitúa la referencia del texto fuera del mundo, en un mundo posible, la teoría de los modelos de mundo mantiene la referencia del texto centrada *en el “mundo”*.

En efecto, Lubomír Doležel situa como primer objetivo de su crítica lo que el mismo denomina el “One-World model frame” (el marco del modelo de un único mundo), proponiendo a cambio un nuevo marco de estudio fundamentado en la idea de la existencia de múltiples mundos posibles. ¿Y qué es lo que caracteriza un mundo posible? Partiendo de Greimas (1966), asegura que los sistemas modales pueden funcionar como macrogeneradores de mundos (así en plural) ficcionales, de forma que se pueden producir no solo el bien conocido mundo natural, sino también “unnoticed *hybrid world*” (Doležel, 1988: 232).

En una dirección contraria va una de las tesis centrales de nuestra teoría: todo discurso, desde el nivel oracional hasta el del texto, presenta un modelo de mundo que posee una capacidad modelizadora, la cual lleva a los sujetos a realizar acciones y a representarse a sí mismos de un modo determinado. Ello quiere decir que la multiplicidad de mundos creada por los discursos no apuntan sino al mundo en el cual vivimos, de modo que el mundo posible no es sino una forma más de aludir a ese mundo. De hecho, una de las claves de la expresión “modelo de mundo” recae en el valor de modelización que contiene, de ahí que se hable de las acciones a las que son llevados los sujetos.

No es gratuito que Albaladejo Mayordomo pusiera un énfasis especial en el hecho de que la semántica extensional había que entenderla a partir de la “ficcionalidad como característica específica del texto literario” (Albaladejo, 1998: 51). Desde la teoría de los modelos de mundo negamos la idea de ficcionalidad como propiedad de los textos estéticos.

Esta introducción sirve para delimitar los campos de actuación de una y otra teoría, que a renglón seguido vamos a desarrollar poniendo una especial atención a los autores que se acaban de citar: Doležel y Albaladejo Mayordomo. La elección de estos autores, sin descartar otros, claro está, se hace en función de la claridad con la que han expuesto sus teorías, de forma que nos permite advertir bien los componentes esenciales de dichas teorías en contraste con la nuestra. No está de más enunciar si quiera brevemente los cinco nudos fundamentales tal y como quedaron expuestos en el mencionado libro *Crítica y sabotaje* (2011), y en algunos textos posteriores (Asensi, 2013). Helos aquí:

1) En primer lugar, la enunciada unas líneas más arriba: todo discurso, desde el nivel oracional hasta el del texto, presenta un modelo de mundo que posee una capacidad modelizadora que lleva a los sujetos a realizar acciones y a representarse a sí mismos de un modo determinado;

2) En segundo lugar, esta: la capacidad modelizadora de los modelos de mundo se fundamenta en la composición silogística de los discursos en tanto mecanismo transaccional entre el texto y el sujeto;

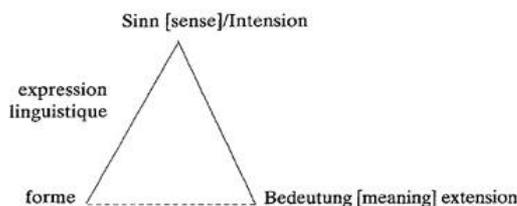
3) En tercer lugar, afirmamos que todo modelo de mundo (o su negación en los textos atéticos) adopta una forma distinta según la modalidad semiótica a la que pertenezca un discurso;

4) En cuarto lugar, sostenemos que en el caso de los textos “artísticos” es, en general, el “afepto” (neologismo proveniente de la unión de los términos “concepto” y “afecto”) el que produce el modelo de mundo.

5) Por último, entendemos que en el acto de lectura es el mecanismo de la “reducción alegórica” el que permite pasar desde el mundo del texto al mundo o entorno del lector.

2

No se puede negar los avances que supuso las investigaciones de la lingüística del texto. Partiendo de una tradición que en el siglo XX se remonta a Frege, Ogden y Richards, Lyons y Petöfi se llegó a la acertada conclusión que en toda enunciación es conveniente distinguir la “forma”, la “expresión lingüística”, la intensión (la *Sinn* de Frege), y la extensión (o *Bedeutung*)



(Petöfi, 1975: 140)

En el cuadro se ve claro que la dimensión semántica de una expresión lingüística puede ser considerada desde dos puntos de vista: desde el intensional, o relación entre la forma y el sentido; y desde el extensional, o relación entre la forma y el querer-decir del sujeto. Dejaremos de lado por el momento toda la problemática señalada por Lacan en torno a ese supuesto “quiere decir” de un sujeto (Lacan, 1999). Por ahora, baste con decir que la evolución de las teorías en torno a la extensión, y sus relaciones con la intensión, fueron formulando una serie de modelos que incluían tanto una estructura del texto como una estructura del mundo. ¿Cómo comprender la relación entre esas dos estructuras?

Atribuyendo a la estructura del texto una semántica del mundo (WSeR, word-semantic representation, en términos de Petöfi, 1979), constituida por los seres, estados, procesos y acciones de referente textual “provistos de valores lógicos (de existencia/no-existencia para los seres, y de verdad/falsedad para los estados, procesos y acciones) como estructura formal” (Albaladejo, 1998: 52). Fue, sin duda, un acierto incluir en el modelo de la TeSWeST ampliado II tanto el componente de la producción textual como el de la recepción. De hecho, es este el que permitió “la introducción de la categoría modelo de mundo y del componente de constitución de modelo de mundo” (Albaladejo, 1998: 55). Sin embargo, aunque las bases de este planteamiento fueran fundamentales para el estudio del mundo representado en los textos, la conclusión fue equivocada. La base de la teoría de los mundos posibles reside en “la distinción entre un mundo real objetivo, mundo posible efectivamente realizado y unos mundos posibles diferenciados de aquél” (Albaladejo, 1998: 77). Es en este punto donde se realiza el corte: el mundo real por un lado, el mundo posible por otro.

Es por esa razón que se distingue tres tipos generales de modelo de mundo: el verdadero, el ficcional verosímil, y el ficcional no verosímil. Mientras en el verdadero sus “reglas son las del mundo real objetivamente existente”, en el ficcional verosímil sus “reglas no son las del mundo real objetivo, pero están construidas de acuerdo con éstas”, y en el

ficcional no verosímil “sus reglas no son las del mundo real objetivo ni son similares a estas, implicando una transgresión de las mismas” (Albaladejo, 1998: 58-59).

Si tomamos como punto de referencia el mundo en el cual vivimos, podemos decir que la teoría de los mundos posibles es excéntrica en relación a dicho mundo, lo tiene en cuenta solo como elemento en mayor o menor medida representado. Por su parte, la teoría de los modelos de mundo es concéntrica por cuanto entiende que todo texto es una manera de aludir al mundo y de intervenir directamente en él. Mientras la teoría de los mundos posible parte del supuesto de la ficcionalidad de los textos artísticos, así como de su carácter estético, hecho que supone un divorcio entre el texto y el mundo, la teoría de los modelos de mundo entiende que la ficcionalidad no es sino otra forma de referirse al mundo en el que vivimos.

Por decirlo en términos bien conocidos: la teoría de los mundos posibles se movió en la constelación de la ideología estética,¹ que presidió buena parte de las teorías literarias del siglo XX. En sus análisis nunca se preguntaba por la incidencia de un texto en el mundo, sino que eran análisis centrados en el en sí de los textos literarios, donde las preguntas sobre la verdad o la falsedad eran en relación al mundo del discurso mismo.

Pongamos un ejemplo. Cuando Albaladejo lleva a cabo un estudio de las novelas cortas de Clarín, escribe, por ejemplo:

Submundo real efectivo. Su constitución es la siguiente serie ordenada de elementos semánticos: 1, existe Pipá; 2, existe la señora Sofía; 3, existe el señor Benito; 4, existe Celedonio (...); 11, es verdadero que Pipá quita unas enaguas a la señora Sofía y se disfraza con ellas; 12, es falso que la señora Sofía está hablando con un carabinero...” (Albaladejo, 1998: 174-175).

Todo el análisis maneja dos variables, la de la existencia o no existencia, y la de la verdad o la falsedad, pero siempre referidas al mundo en sí representado en la novela de Clarín. El mismo autor nos confiesa el objetivo que se persigue: exponer “las características generales de la armazón de mundos de la fábula de las novelas cortas de Clarín” (Albaladejo, 1998: 172). Si la teoría de los modelos de mundo se interesa por la armazón de los mundos de los textos es en función del mundo en el que se vive, nunca en sí.

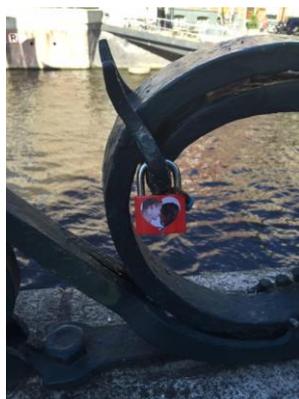
La consideración del mundo del texto literario como posible posee varias contradicciones que vamos a indicar. En la tercera característica de los mundos posibles

¹ Para un análisis de dicha ideología véase Paul de Man (1996).

Doležel afirma que “*Fictional worlds are accesible from de actual world* (...) In the formation of fictional worlds, the actual world participates by providing models of its structure” (Doležel, 1988: 232, la cursiva es del autor). Y un poco más adelante anota: “an actual reader can ‘observe’ fictional worlds and make them a source os his experience, just as he observes and experientially appropriates the actual world” (Doležel, 1988: 233).

Lo que estas palabras revelan es que no hay manera de deshacerse de eso que él llama el “mundo verdadero”, y la razón de ello es clara: una obra literaria, o cualquier otro tipo de discurso, no hace más que aludir, sea de la forma que sea, al mundo. Si Doležel habla del carácter híbrido del mundo nuevo es porque sería absurdo dejar de lado el “actual world” al hablar de una obra literaria, si bien entiende que además de ese “actual world” como formante de la obra hay otros elementos que no son del mundo real. Ciertamente, pero tal y como se explicó en un ensayo anterior (Asensi, 2013), esos otros elementos son formas de aludir al mundo. Claro que Emma Bovary, o Don Quijote, no han “existido” en el mundo histórico y real, pero desde su configuración textual son alusiones a ese mundo.

¿Cómo sería posible que el lector tomara los mundos ficcionales como fuente de su experiencia (*source of his experience*), si no fuera porque de forma “realista” o “fantástica” presentan un modelo de mundo que se refiere al mundo? Al dar este argumento incurre en una contradicción. Si un mundo posible apunta en una dirección diferente a la del mundo real, ¿cómo sería posible que un sujeto tomara el discurso literario (fílmico, filosófico, etc.) como fuente para su experiencia? La ventaja de la noción de “modelo de mundo” frente a la de “mundo posible” reside en su capacidad de explicar por qué un discurso puede llevar a los sujetos a actuar, pensar o auto-representarse de un modo determinado. Si las novelas de Federico Moccia, o los films que las adaptan (*Tres metros sobre el cielo*, 1992 —novela—, 2010 —película—) fueran considerados constructos ficcionales de mundos posibles, no se podría explicar por qué esos discursos llevaron a comportamientos como la de poner candados en las barandillas de los puentes sellando el amor de las personas reales



La foto, tomada recientemente en Amsterdam, demuestra algo que la teoría de los mundos posibles no tiene en cuenta: la capacidad modelizante de los discursos, el hecho de que sean apelativos, incitativos y performativos. La teoría de los modelos de mundo pone el énfasis antes que nada en ese poder modelizante de los discursos. Aquí no se habla de que un texto literario, por ejemplo, puede convertirse en fuente de experiencia, sino creador de experiencias concretas. Insistamos: ello supone ir en la dirección contraria al planteamiento de los mundos posibles, pues mientras éste separa el texto del “mundo real”, el de los modelos de mundo establece que los textos apuntan en la dirección del “mundo real” (expresión, como se verá un poco más adelante, bien problemática).

No obstante, que apunten en la dirección del mundo real no quiere decir que sostengamos un punto de vista mimético. Que, como escribe Doležel, “en la semántica mimética se difumina la distinción entre las entidades reales y las ficcionales” (ed. 1998: 36), es una afirmación que cae en el error de lo general. No es cierto que las teorías miméticas configuren un corpus homogéneo, desde Aristóteles a Marx, pasando por Castelvetro y Auerbach, entre una multitud de teóricos de la mimesis. Pero no es esta cuestión la que nos preocupa ahora, sino el hecho de que si un discurso posee poder modelizante es precisamente porque dicho discurso deforma, en tanto condición de posibilidad, el mundo del que habla de una forma u otra. Todos los ejemplos que pone (desde Napoleón a Nixon, César, Bruto, Hitler, etc.) demuestran que su expresión en la literatura, en el cine o en la historia, son una deformación necesaria de cualquier personaje histórico.

Cuando asegura que “las personas con ‘prototipos’ en el mundo real constituyen una clase distinta dentro del conjunto de las personas ficcionales (...). Existe una relación indeleble entre el Napoleón histórico y todos los Napoleones ficcionales” (Doležel, ed. 1998: 36), vuelve a errar porque aunque sea cierto que el Napoleón histórico de Tolstoi mantiene

una relación analógica, o prototípica, con el Napoleón real, el de Tolstoi es una deformación necesaria de este último. ¿Cómo sería, posible, hablar de identidad inter-mundos? (Doležel, ed. 1998: 37).

Albaladejo establece la diferencia entre modelo de mundo verdadero, ficcional verosímil y ficcional no verosímil. Con ese presupuesto no puede advertir que todo texto supone, en su condición de posibilidad, una deformación del mundo. El trabajo de Roman Jakobson en torno al “realismo” en el arte demuestra con suficiencia que lo que llamamos “realismo” es tan convencional como lo que llamamos “impresionismo” o “cubismo” (Todorov, 1965). Quiere decirse que un texto es, a la vez, una deformación del mundo, y una alusión a este. En este sentido, la pregunta no es por el carácter verdadero o ficcional de un texto, sino por la medida de su deformación.

He aquí otra diferencia entre la teoría de los modelos de mundo y la de los mundos posibles: mientras esta habla de mundos que se mantienen a distancia del “mundo real”, y de la posibilidad de identidades inter-mundo, la primera parte del supuesto de que la alusión al “mundo real” es siempre deformante, tanto en la novela fantástica, como en la realista. Dicho de otro modo: para la teoría de los modelos de mundo no puede existir identidad inter-mundos. Tiene razón Teleman cuando anota que “Pictures are a way of creating “text” worlds, too. I goes without saying that verbal texts and pictures are both interpretatios of reality, not mechanical imprints of it” (Teleman, 1988: 203).

Por muy ingenua que pueda parecer esta afirmación, tiene la ventaja de subrayar la esencial desemejanza entre un texto y la “realidad”, pues la relación entre ambas es de interpretación. Es algo más que eso, es más bien deformación. En los autores del libro dedicado a los mundos posibles, hallamos huellas de lo que sostenemos aquí, y demuestran que entre todos ellos no hay una necesaria concordancia (véase también la crítica de Heydrich, 1988). Podría darse la paradoja de que un texto aparentemente menos verosímil aportara más elementos de verdad que uno más realista. Desde el punto de vista de la interpretación, lo que interesa a la teoría de los modelos de mundo es analizar el texto en función de las posibilidades de modelizar la subjetividad del lector en sus vínculos con el mundo.

La pregunta que vamos ahora a responder es la siguiente: ¿cuál es el mecanismo en virtud del cual un lector relaciona el texto, sea de un orden realista o fantástico, con su entorno de mundo? A ese mecanismo lo denominamos “reducción alegórica”. La alegoría es definida por la retórica clásica como una figura de pensamiento mediante la que un texto posee un doble sentido, uno literal y otro figurado (Mayoral, 1994). El concepto de “reducción alegórica” toma de la retórica clásica la doble dimensión que le atribuye a ese procedimiento semántico, pero lo aplica al proceso en virtud del que el lector puede traducir a sus propias circunstancias aspectos del contenido del texto. Dicho de otro modo: en el proceso de lectura de un texto, los personajes, las situaciones, los pensamientos adquieren un doble sentido, hacia la historia interior del texto y hacia las circunstancias del entorno del lector.

Veamos un ejemplo que nos permite ilustrar ese mecanismo de la “reducción alegórica”. Las razones por las que un lector subraya unas líneas del texto que se halla leyendo son muy variadas, pero una de ellas, y quizá la más importante, es la de reconocerse en esa oración seleccionada. En el texto de Simon de Beauvoir titulado “Monólogo” encuentro el siguiente subrayado, “los maridos poner los cuernos a sus mujeres las madres tiran fetos” (Beauvoir, 1980: 113).

Lo que ha sucedido en ese acto de subrayar esas oraciones es que estas han adquirido por lo menos dos sentidos, el que posee en el interior de ese texto donde una mujer monologa sobre las circunstancias de su vida (interior sometido, asimismo, a una potencial multiplicidad de sentidos), y el que adquiere en el momento en el que un lector la selecciona y la incorpora a las coordenadas de su propio entorno. El mismo Roland Barthes hace algo semejante cuando leyendo un texto mencionado por Stendhal, se ve llevado hasta Proust que forma parte de sus obras de referencia (Barthes, 1974: 48).

Como podemos ver, en ambos casos, el mundo del texto se injiere en el entorno del lector confirmándole, descubriéndole o contradiciéndole su propio modelo de mundo. Para comprender bien el fenómeno de la reducción alegórica conviene tener en cuenta el siguiente triángulo, en el cual se aprecia que la razón por la que un lector lleva a cabo el proceso de reducción alegórica se debe a que él mismo parte de un modelo o modelos de mundos. El acto de lectura consiste en el encuentro entre modelos de mundo, cuyo posible resultado puede ser la modelización (la modificación) del modelo de mundo del lector



Un análisis de este triángulo excedería los límites de este trabajo, pero vale la pena desarrollarlo si quiera brevemente. Si la teoría de los mundos posibles se mantiene dentro de la esfera de lo ficcional estético es porque no tiene en cuenta la interacción entre el modelo de mundo presente en un texto y aquel que forma parte de la geografía psíquica del lector. Al tener en cuenta que el punto de partida de un modelo de mundo discursivo tiene lugar en el sujeto, se comprende de inmediato que la relación entre el modelo de mundo del sujeto y el del discurso es doble y bidireccional.

Visto desde el polo de la producción diremos que un sujeto lleva a cabo la creación de un texto determinado, partiendo justo de un modelo de mundo, del que hay que decir ante todo que no es subjetivo. Sin embargo, si lo miramos desde el lado del discurso advertimos que la relación entre este y el sujeto es de una posible modificación. En el polo de la recepción un discurso puede, pues, modelizar la subjetividad del lector.

¿Qué ocurre en el caso de los textos fantásticos en mayor o menor medida verosímiles? Es justo en la lectura de dichos textos cuando la “reducción alegórica” funciona de una forma más intensa. Podríamos decir que en aquellos textos en el que el lector reconoce fácilmente las coordenadas de su propia situación, la reducción alegórica funciona en una potencia baja, mientras que en los textos fantásticos trabaja en una potencia alta. Pongamos otro ejemplo.

Es bien conocida la serie de televisión *The Walking Dead*, que actualmente lleva ya seis temporadas con un gran éxito de audiencia. Va de suyo que la existencia de los muertos vivientes en nuestro mundo no es admisible, aunque tenga tras de sí una larga tradición literaria y filmica. ¿Cómo puede un espectador establecer vínculos entre esos personajes y su entorno? Justo mediante la “reducción alegórica”, en virtud de la que esos personajes y su amenaza constante puede representar la presencia constante y amenazante de la muerte. De

ese modo, un muerto viviente posee una esfera de acción y un sentido dentro de la historia de la serie, y otro sentido cuando el espectador lo relaciona con su entorno.

Por supuesto, en la serie no hay solo muertos vivientes, sino también personajes que reaccionan ante las circunstancias de un modo en el que el espectador puede reconocer elementos de su entorno próximo o lejano. Siempre recuerdo a este respecto que una alumna de un máster me confesó hace un tiempo que una novela como *El juego de Ender* de Orson Scott Card (1985) era para ella una biblia que le daba pautas para su vida. Sin la práctica de la reducción alegórica sería imposible que un texto así pudiera proporcionar claves para poder actuar en su entorno. Una novela ambientada en el futuro en la que la humanidad se enfrenta al exterminio a manos de unos extraterrestres conocidos como los *buggers* (insectores), tiene poco que ver con nuestro mundo, y es mediante la reducción alegórica como se pueden establecer vínculos que permitan al lector extraer una información útil para su propia vida.

No es objeto del análisis propuesto por la teoría de los modelos de mundo la reacción posible de los lectores o de los espectadores, sino el modelo de mundo de un texto a partir de su capacidad incitativa y performativa. Tal y como se puso de relieve en trabajos anteriores, el objetivo del análisis es la maquinaria textual y su modelo de mundo.

Por otra parte, una reducción alegórica no sería posible si el modelo de mundo de un texto no se viera encarnado en una estructura significativa silogística, es decir, si un texto no poseyera una arquitectura compuesta por un conjunto de premisas generales o particulares que dieran lugar a unas conclusiones con las que el lector pudiera identificarse. Mientras la teoría de los mundos posibles habla de nivel semántico extensional construido sobre la semántica intensional, la teoría de los modelos de mundo subraya la dependencia de un modelo de mundo y de su estructura silogística del aparato significativo de un texto. No habría modelo de mundo sino a partir de una semiótica significativa de la que emana dicho modelo de mundo.

4.

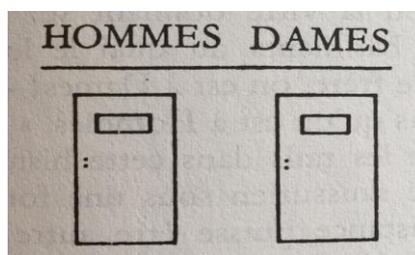
Atendamos por último al tercer vértice del triángulo para subrayar otra de las diferencias entre la teoría de los mundos posibles y lo que venimos denominando teoría de los modelos de mundo”. Se trata de la supuesta objetividad del mundo. No es de extrañar que en la primera se acuda a Wittgenstein como fuente determinante de lo que es el mundo, según el que “la enumeración de todas las proposiciones elementales verdaderas describe el

mundo completamente” (Albaladejo, 1998: 56), pues ahí se asegura eso que se denomina “mundo objetivo”.

Sin embargo, sería fácil demostrar que en realidad lo que llamamos “mundo” no es sino un “modelo de mundo fosilizado como mundo”. Vale la pena recordar que esa concepción del mundo como mundo objetivo es una constante en las teorías de los mundos posibles. Por ejemplo, Doležel habla una y otra vez de la existencia de un “mundo verdadero” (*actual world*) (Doležel, 1988: 232).

¿Pero a qué llama Doležel “actual world”? ¿Qué entiende por “reality”? En *Heterocósmica* escribe, por ejemplo: “el mundo real existe antes, e independientemente, de la actividad textual” (Doležel, 1998: 48). En realidad, todos los problemas de esa teoría empiezan por ahí, porque al hablar del “modelo de un mundo único” da por supuesto que solo existe un mundo homogéneo compartido por todos los seres humanos. No parece muy difícil darse cuenta de que el mundo de un niño africano que pasa hambre no es el mundo de un alemán que trabaja en el BundesBank, como tampoco es el mismo mundo el de un creyente católico radical (del Opus o de cualquier otro movimiento), que el de alguien de un movimiento antisistema. No es el mismo mundo el de una persona autista que el de una persona dedicada a las relaciones públicas.

Una tradición que desde la modernidad establece un hilo de conexión entre Kant, Heidegger, Lacan y Derrida, ha venido planteando de diferentes formas el carácter de precedencia del lenguaje y del discurso en relación a lo que llamamos “mundo”. Lacan, en uno de sus trabajos publicados en los *Écrits*, pone un ejemplo ilustrativo de lo que se acaba de decir.



(Lacan, 1966: 499)

¿Qué hay de más natural que dos puertas? Se podría recurrir a una mera definición de “puerta” como la de un diccionario: “abertura en una pared que permite el paso de un lado a otro de ella” (Moliner, 1981: 879). Sin embargo, cabría preguntarse si el hecho de

separar una puerta de su entorno sería posible sin la existencia previa de un significante que estableciera una partición en el *continuum* de lo real. Imaginemos que se trata de dos puertas correspondientes a los retretes de un lugar público, y que alguien ha acudido allí con el fin satisfacer sus necesidades fisiológicas. ¿Cómo saber dónde entrar si no es por la presencia del significante “Hombres” y “Mujeres”? No se trata del debate nominalista, dice Lacan, sino de advertir que es mediante la yuxtaposición de esos dos términos (de su oposición binaria) como se produce el advenimiento del sentido.

Otro ejemplo de ello lo hallamos en los trabajos del historiador francés Alain Corbin sobre el mar y el olor, que ayudan mucho en la comprensión del mundo como modelo de mundo fosilizado. Por ejemplo, ¿qué nos dan a entender esas imágenes de las que están llenas las revistas en verano en las que vemos a los famosos disfrutando del mar? Que la playa y la orilla del mar son un lugar de disfrute, placer y glamour.

A veces, no se ven solo los personajes de la televisión, sino también personajes de la realeza que también disfrutaban en lugares de ensueño, paradisíacos, a bordo a veces de unos barcos confortables, inalcanzables para las clases media. Es “natural” acercarse a la playa en el periodo estival. En ciertos casos, se toma el coche y se va a la playa, en otros se alquila un apartamento, y en otros se tiene un apartamento pequeño, o una casa grande en la playa. Ese frescor del agua, ese olor a agua del mar, ese sonido del ritmo de las olas. Alberti escribía, cantaba, en los años veinte en su libro titulado precisamente *Marinero en tierra*:

“El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?
¿Por qué me desenterraste
del mar?

No es únicamente ansiar durante el verano el mar, sino maldecir el haber salido de él, el haber sido arrastrado a la tierra. Muchas cenizas, restos de personas fallecidas, acaban en el mar. ¿Pero *ven* de verdad el mar? ¿Kiko Rivera, Fernando Alonso, su prometida Lara Álvarez, el narrador poético de Alberti, ven el mar, la arena?

La pregunta es: ¿en qué medida podemos decir que el fenómeno del mar es algo objetivo? El libro de Alain Corbin, *Le territoire du vide* (1988), demuestra precisamente que, en efecto, el mar y sus costas está en el lugar de lo que no puede ser conocido en sí. Veamos, ¿a

quién en la época clásica se le ocurriría hablar de los encantos de las playas marinas, del placer de afrontar las olas y de la salud que se desprende de una estancia marina?

Un modelo de mundo que viene dado por los relatos del Génesis, los Salmos y el Libro de Job, marca la representación del mar y de sus orillas como algo abismal. Como escribe Corbin: “El océano es sólo un recipiente abismal de detritus; lo más positivo que podría decirse de él es que constituye el menos feo de los paisajes resultantes del retorno temporal del caos” (Corbin, 1993: 16).

Frente a la visión del mar como una fuente de salud, olor maravilloso y deliciosos sonidos rítmicos, el periodo clásico ve el aire del mar como algo fétido, puesto que esa agua procede del diluvio. Dado que hubo un diluvio que mató a todos los animales de la tierra, según la narración de la Biblia (Génesis, 6, 1-8), cuando las aguas se retiraron, quedó en sus orillas la carne muerta y putrefacta de los animales ahogados. Es por esa razón que el mar y sus costas inspira repulsión.

Dicho claramente, ¿cómo iban a ir nuestros personajes populares a pasar sus vacaciones al mar si éste fuera “el dominio de Satán y de las potencias infernales” (Corbin, 1993: 19), si sospecharan que allí se pueden volver locos? Corbin nos recuerda algo que a todos aquellos que acuden en masa a las playas de Alicante, Castellón, la Costa Brava o Niza les haría poca gracia: “las abrasadoras arenas del desierto y de la playa, junto a la marisma y la acerada montaña, representan una de las figuras del gehena; tapizan el tercer círculo del Infierno de Dante” (Corbin, 1993: 21). Esta manera de concebir el mar y sus orillas perdura hasta bien entrado el siglo XVIII, e incluso hay vestigios de ello a mediados del XIX. Como el relato del diluvio no tiene su punto de partida solo en la Biblia, sino que está presente en los pueblos de la Antigüedad, así como en los pueblos asirios, persas, babilonio, griego y latino, no sorprenderá encontrar en Séneca una opinión semejante: el mar arroja a la costa sus secreciones e impurezas (Corbin, 1993: 25).

Las fechas del cambio, el paso de una contemplación negativa del mar a una positiva tiene unas fechas bastante precisas: entre 1750 y 1840, nos dice Corbin, despertará el anhelo irresistible por acercarse al mar (Corbin, 1993: 74). ¿Qué explica ese cambio? Naturalmente la sustitución del relato sobre el diluvio por un discurso “científico” y médico.

Todo ello viene a poner en evidencia que lo que el sujeto ve es una ilusión construida precisamente por un determinado modelo de mundo. ¿Qué es lo que no se ve en ambos casos? Lo que no se ve es el mar en sí mismo. Los modelos de mundo del diluvio o de la racionalidad determinan lo que el sujeto percibe como mar y sus valoraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Albaladejo Mayordomo, Tomás (1998): *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Allén, Sture (ed.) (1988): *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences*, Research in Text Theory, 14, Berlin, Walter de Gruyter.
- Asensi Pérez, Manuel (2011): *Crítica y sabotaje*, Barcelona, Anthropos-Siglo XXI.
- Asensi Pérez, Manuel (2013): «Modelos de mundo y lector/as desobedientes», *Anthropos*, 237: 17-30. Número monográfico dedicado a *La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, a cargo de Beatriz Ferrús y Mauricio Zabalgoitia.
- Barthes, Roland (ed.) (1974): *El placer del texto*, Buenos Aires, Siglo XXI. Ed. francesa: *Le plaisir du texte*, Paris, Seuil, 1973.
- Baudrillard, Jean (1972): *Pour une critique de l'économie politique du signe*, Paris, Gallimard. Trad. española de Aurelio Garzón: *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 1974.
- Beauvoir, Simone de (ed.) (1980): *La mujer rota*, Barcelona, Pocket Edhasa.
- Corbin, Alain (1988): *Le territoire du vide*, Paris, Aubier. Trad. española de Anielle Lacascade: *El territorio del vacío*, Barcelona, Mondadori, 1993.
- De Man, Paul (1996): *Aesthetic Ideology*, Minneapolis - London, University of Minnesota Press.
- Doležel, Lubomir (1988): «Possible Worlds and Literary Fictions», en Allén (ed.) (1988): 221-242.
- Doležel, Lubomir (1998): *Heterocosmica: Fiction and Possible Worlds*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- García Berrio, Antonio y Petöfi, János S. (1979): *Lingüística del texto y crítica literaria*, Madrid, Comunicación.
- Heydrich, Wolfgang (1988): «Possible Worlds and Enkvist's Worlds. Discussion of Nils Erik Enkvist's paper "Connexity, Interpretability, Universe of Discourse, and Text Worlds"», en Allén (ed.) (1988): 187-198.
- Lacan, Jacques (1966): *Écrits*, Paris, Seuil. Trad. española de Tomás Segovia: *Escritos 1 y 2*, México, Siglo XXI, 1971.
- Lacan, Jacques (ed.) (1999): *Las formaciones del inconsciente. El seminario, V*, Barcelona, Paidós. Ed. francesa: *Les formations de l'inconscient. Le séminaire, Livre V*, Paris, Seuil, 1998.
- Mayoral, José Antonio (1994): *Figuras retóricas*, Madrid, Síntesis.

- Petöfi, János S. (1975): *Vers une théorie partielle du texte*, *Papiere zur Textlinguistik*, 9, Hamburg, Buske.
- Teleman, Ulf (1988): «The World of Words – and Pictures, Discussion of Nils Erik Enkvist's paper 'Connexity, Interpretability, Universe of Discourse, and Text Worlds», en Allén (ed) (1988): 199-208.
- Van Dijk, Teun (1972): *Some Aspects of Text Grammars*, The Hague, Mouton.
- Van Dijk, Teun (1980): *Textwissenschaft. Eine interdisziplinäre Einführung*, München, Deutscher Taschenbuch Verlag.



SOBRE EL AUTOR

Manuel Asensi Pérez

Manuel Asensi es Catedrático de Teoría de la Literatura y de la Literatura Comparada en la Universidad de Valencia. Psicoanalista. Entre 1992 y 1996 fue Visiting Professor en la Universidad de California (Irvine) en el Departamento de Español y Portugués, donde enseñó materias relacionadas con la teoría literaria, la literatura latinoamericana y el psicoanálisis. Ha sido, asimismo, profesor invitado en diferentes universidades norteamericanas, europeas y latinoamericanas. Es director del Grupo de Investigación “Crítica y sabotaje” que reúne a investigadores e investigadoras de distintas Universidades españolas y norteamericanas, y ha sido investigador principal de diferentes proyectos de investigación I+D. Ha fundado recientemente y dirige la Asociación Española de Psicoanálisis Lacaniano. Dirige, asimismo, el Diploma de Posgrado de la Universidad de Valencia “Literatura Comparada y Crítica Cultural”. Fue director del Programa de Estudios Independientes del MACBA. Dirige la revista *Prosopopeya. revista de crítica contemporánea*. En la actualidad trabaja en dos proyectos: en una modalidad crítica denominada “crítica como sabotaje” o “Teoría de los modelos de mundo”, y en la difusión del pensamiento lacaniano. Algunas de sus sesiones se pueden ver en Youtube, donde sus videos han alcanzado más de doscientas mil visualizaciones.

Contact information: Departamento de Teoría de los Lenguajes y Ciencias de la Comunicación, Facultad de Filología, Traducción y Comunicación. Ava Blasco Ibáñez, n. 10, Valencia 46010. Telf.: 963864264. E-mail: manuel.asensi@uv.es